

objeto tan importante como imprevisto. Un navío genovés que venía del golfo de Lepanto con lana y granos entró en Mesina el 20 de Marzo, con pasaporte falso que decía haber salido del puerto de Brindis, é introdujo en aquella ciudad la peste que traía á su bordo. No se hizo alto al principio en el gran número de enfermos que traía, y, faltando las primeras precauciones, se dió tiempo á que las que después se tomaron fueran ya inútiles, y todo lo que pudo lograrse (y no fué poco), con la actividad y celo de las providencias del Soberano, fué encerrar la peste en las dos ciudades de Messina y Regio, é impedir se comunicase al resto de la Italia y acaso á una gran parte de la Europa. Estas dos ciudades padecieron tanto, que desde el 15 de Mayo al 15 de Julio se calculan 44.000 hombres perdidos de esta cruel enfermedad, no obstante el esmero con que el general irlandés, Conde de Mahoni, obedeció todas las órdenes de su piadoso Soberano.

Entre tanto, la Italia contaba cinco ejércitos en diferentes partes. El del Infante D. Felipe, que ocupaba la Saboya, y el sardo, que se le oponía al paso de los Alpes. El resto, unido á los austriacos de la Lombardía, hacía frente al ejército español, mandado por el Conde de Gages, que había ocupado nuevamente el Boloñés. El quinto ejército era el que el Rey D. Carlos

tenía para la defensa particular de sus Estados. La Alemania estaba también ocupada por otros ejércitos, y la Europa entera en expectativa de las resultas de tan terribles aparatos.

El 2 de Febrero de 43 pasó el Conde de Gages sin oposición el Panaro para atacar al ejército austriaco-sardo. Avisado éste á tiempo (á lo que se dijo) por el Marqués Davia, noble bolonés, adicto á la Reina de Hungría, se preparaba á recibirle en Campo Santo, donde se dió la famosa batalla de este nombre, por la cual ambos partidos cantaron el *Te Deum*, como sucede muchas veces, después de haber sufrido los dos una pérdida considerable. Los españoles se retiraron á los ocho días á Bolonia, y siguieron hasta el reino de Nápoles, donde entraron y se acuartelaron el 16 de Marzo. Avisó el General al Rey Carlos que, recelando que los enemigos venían á atacar al reino de Nápoles, había creído deber venir á su socorro. Aunque S. M. no podía dejar de conocer en el fondo la importancia de este servicio, se vió de nuevo empeñado por la palabra de su neutralidad, que había reiterado á la Inglaterra. Aprobó al fin la resolución del General español, y mandó adelantar un cuerpo napolitano sobre los Estados del Papa, para mantener más la neutralidad, retardando la llegada de las tropas austriacas.

Aunque parecía que éstos deberían dirigirse

hacia la Lombardía para socorrer al Rey de Cerdeña, que se hallaba solo contra el ejército del Infante D. Felipe, la conquista del reino de Nápoles era un objeto preferente, y el Príncipe de Lobkowitz marchó al frente de sus tropas para emprenderla.

A vista de esto, creyó el Rey Carlos que, viéndose amenazado en su propio reino no obstante la neutralidad que había observado, y que por ella los enemigos de la España habían estado comerciando, sacando de sus Estados los socorros que no se daban á españoles y que éstos tenían que traer con riesgo de su país, le era ya imposible dejar de tomar las armas para defensa de sus vasallos. Así lo declaró en un Manifiesto que envió á todas las Cortes de Europa. Después nombró un Consejo de Regencia, á la cabeza del cual puso á D. Miguel Reggío, y resolvió pasase la Reina á Gaeta, plaza fortificada, con la Infanta Doña María Josefa Antonia, que había nacido en 20 de Enero en aquel año de 43. Los napolitanos representaron al Rey que sus pechos servirían de defensa la más fuerte contra los enemigos de la Reina; pero S. M. agradeció su lealtad, é insistió en lo mandado, apoyándolo en el estado de preñez en que se hallaba la Reina. Los encargó la sumisión al Consejo de Regencia, y, para darles pruebas de su entera confianza, mandó poner en libertad en

aquel momento crítico á todos los que estaban presos en el Tribunal de inconfidencia, como conocidamente adictos á la Casa de Austria y protectores de sus intereses. Este acto de generosidad y grandeza de ánimo denota bien la nobleza del que le supo hacer en tan delicadas circunstancias. Se puso S. M. en marcha con su Ministro el Duque de Montealegre, el Marqués del Hospital, Embajador de Francia, el Príncipe de Santo Buono y otros de su comitiva. Llegado á Chieti el 24 de Marzo, tomó el mando del ejército hispano-napolitano, que mandaba bajo sus órdenes el Conde de Gages, y obligó á todos los Señores del Abruzzo á que le siguiesen en la campaña.

Hizo cubrir S. M. el paso de San Germán, que era el más expuesto, pues ya el ejército austriaco se hallaba á las puertas de Roma, donde el miedo hizo se les diese la mejor acogida. El Cardenal Aquaviva había propuesto algunos años antes formar un cuerpo itálico confederado, á cuya cabeza estuviese el Papa, á imitación del cuerpo germánico, de que es jefe el Emperador; pero este proyecto era bueno para los antiguos romanos, que nacían con las armas en la mano, y no para sus nietos, que han sustituido á los cascos, las corazas y las lanzas, las mitras, las casullas y los hisopos, y así, siguiendo su sistema, dicen siempre, y dicen bien: *Viva quien*

*vence*; y aun así se dan los pobres por muy dichosos en el día si les dejan lo que es suyo.

Reunidos los dos ejércitos español y napolitano en Celano y Sora, el Duque de Castropiñano, que, con el Conde de Gages, mandaban bajo las órdenes del Rey, camparon el 15 de Mayo en los Estados del Papa, y el Rey se apostó en Frosinone sobre el Garillano, cubriendo de este modo el reino de Nápoles; pero sin exponer una acción general. A este fin se apostó todo el ejército en las inmediaciones de la ciudad de Veletri, cuya elevada situación le era muy ventajosa. Efectivamente, conociéndolo así el General alemán Lobkowitz, no se atrevió á atacarle, aunque le había seguido con esta idea, y campó en Genzano y Nemi. Para cortar al ejército hispano napolitano la comunicación con el reino de Nápoles, había dispuesto le auxiliase por mar el General inglés Matews; pero éste se detuvo á inquietar las costas de Provenza, y llegó tarde á las de Italia. Los Generales Novati y Gorani, alemanes, vadearon el Trento. Uno se dirigió á Aquila y el otro á Collalto, donde estaban los almacenes de los españoles. Los húsares pasaron á Civitela, cuyo gobernador les precisó á retirarse; pero Teramo, ciudad abierta, se rindió sin resistencia. Publicó allí luego el General alemán un Manifiesto, que introdujo é hizo correr en el reino de Nápoles, cuyos ciu-

dadanos, indignados de él, enviaron por cuerpos diputaciones al Rey para renovarle su fidelidad inalterable. Las guarniciones de Pescara y el Abruzzo se reunieron, y obligaron á los destacamentos austriacos á abandonar sus conquistas, no obstante las voces que habían esparcido y escrito al ejército del Rey de Cerdeña de que los ánimos estaban dispuestos á favor de la Reina de Hungría, y que miraban como segura la conquista del reino de Nápoles. La mentira siempre sale á la cara, más ó menos tarde.

Estaban atrincherados los dos ejércitos; el alemán en la Fayola y Monte Espino, y el hispano-napolitano en el monte de los Capuchinos de Veletri, separados por un profundo valle, en que había diarias escaramuzas, con las cuales contenía el Rey á los alemanes é impedía una acción general, que era á lo que aspiraba.

Cansado ya de esta guerrilla, sugirió el General Braun á Lobkowitz emprendiese una sorpresa como la que en 1702 había practicado en Cremona el famoso Príncipe Eugenio, y, apoderándose del Rey, Duque de Módena y principales Oficiales, acabar de este modo la guerra, haciéndose árbitros por este medio de las condiciones de la paz. Adoptó el General el pensamiento, y el 11 de Agosto, una hora antes del día, atacó con 6.000 hombres la ciudad por diversos parajes. El Marqués del Hospital fué el

primero que avisó al Rey, que, igualmente que el Duque de Modena, pudieron pasar al campamento. Los alemanes se entretuvieron, como siempre, en el saqueo, que fué crecido, y éste dió tiempo á los españoles y napolitanos á reunirse y echarlos de la ciudad, y á defender las trincheras de los Capuchinos, no obstante los repetidos ataques que hizo en ella el Príncipe Lobkowitz, que las atacó con 9.000 hombres. Las guardias walonas, los irlandeses, el regimiento de Castilla (hoy Inmemorial del Rey), de que he sido catorce años coronel, y las milicias napolitanas de la tierra de Labore hicieron prodigios de valor. Se cree que los alemanes perdieron 2.000 hombres, y los españoles y napolitanos 4.000, 11 banderas y muchos bagajes y utensilios; pero lograron la más completa victoria, puesto que, después de haber sido sorprendidos, rechazaron completamente al enemigo, resistieron los ataques reiterados de las trincheras y frustraron su empresa de la conquista del reino de Nápoles, obligándolos al fin á retirarse á Viterbo el 7 de Octubre, después de haber pasado los dos ejércitos en su misma posición los meses de Septiembre y Octubre.

El calor había reducido á 15.000 hombres el ejército imperial, que siguió el del Rey Carlos con 18.000, para coronar más su victoria. Los romanos vieron tranquilamente desde sus mu-

rallas la marcha de estos dos ejércitos que se perseguían, espectáculo tan nuevo, desagradable é inesperado para los actuales romanos, cuanto había sido familiar á los antiguos.

La gran alma del rey Carlos no podía dejar de sentir una cierta atracción que le arrastraba á avistarse con el inmortal Benedicto XIV, y esto, más que la curiosidad de ver la antigua capital del mundo, le hizo desear entrar en ella. Fué el Príncipe de Santo Buono á hacer saber al Papa que el Rey deseaba verle al día siguiente, 3 de Noviembre. Estaba el Rey alojado en la villa Patrici, donde vinieron á cumplimentarle, en nombre de S. S., los Cardenales Valenti y Colonna, el uno Secretario de Estado y el otro Mayordomo del Santo Padre, y fueron también todos los ministros extranjeros residentes en Roma.

Se transfirió el Rey, rodeado de sus guardias, al palacio de Montecavallo, y se apeó á la puerta del jardín que corresponde á la sala real. Allí lo recibieron el maestro de ceremonias y demás oficiales de Palacio, que lo condujeron á la sala del Café, en que lo esperaba el Papa. Este se adelantó á abrazar al Rey luego que abrieron las dos hojas de la puerta de la sala en que estaba sentado, sin darle tiempo á arrodillarse, y duró la conferencia más de media hora, después de la cual toda la comitiva besó el pie á S. S. El

Rey volvió á montar á caballo, paseó las calles de Roma, vió á San Pedro y el palacio del Vaticano, donde comió en público, descubriéndose desde el balcón el ejército austriaco, que estaba acampado en el monte Mario, inmediato á Roma, y, tomando el coche del Cardenal Aquaviva, y seguido de otros cuatro, se encaminó á Veletri, habiéndole saludado la artillería del castillo de Sant'Angelo, no obstante de estar incógnito bajo el título de Conde de Puzzoli.

Para remunerar á los habitantes de Veletri de lo que habían padecido, les concedió el comercio libre en sus Estados, sin pago de alcabalas, y estableció un fondo para la celebridad de la fiesta del Corpus.

El 4, día del Santo de su nombre, marchó á Gaeta, y tuvo el gusto de abrazar á la Reina, su esposa, aquella misma tarde, y de conocer á su nueva hija, la Infanta Doña María Josefa, que actualmente vive en Madrid, y que había nacido durante su ausencia.

Al día siguiente se dirigió á Nápoles, donde fué recibido como correspondía á un Príncipe, que, al amor que había inspirado y á la fidelidad que había excitado en su pueblo, reunía ahora la nueva calidad de ser su libertador y de haber rechazado y alejado de sus fronteras á sus enemigos.

El ejército austriaco se retiró de Viterbo y Pe-

rusa á la Lombardía, y el General Gages, que le seguía, pasó el invierno en el ducado de Urbino, para atacar á la primavera la Toscana y pagar á los austriacos lo que habían querido hacer con él en el reino de Nápoles, y á este fin tenía preparado un Manifiesto. La Corte de Francia se opuso, por la razón arriba dicha, de la Lorena, y Gages pasó á la Lombardía, llevando consigo, como auxiliares, las tropas napolitanas.

El 20 de Enero de 1745 murió en Munik, de edad de cuarenta y siete años, el Emperador Carlos de Baviera, agobiado de males y del peso de la Corona imperial, que lo será siempre para todo Príncipe que no sea muy poderoso, pues sólo da el dominio de una ciudad y una corta renta que trae consigo, cargas muy excesivas. Pensó la Francia, y aprobó el rey Carlos, le sucediese su suegro Augusto III, Rey de Polonia, elector de Sajonia, y, para conseguirlo, ofreció á su Ministro, Conde de Bruel, seis Círculos en Bohemia, y el capelo al confesor de la Reina; pero todo fué inútil, pues, á vista del ejemplo del antecesor, prefirió el Príncipe la tranquilidad de sus Estados á un esplendor aparente y de más peso que utilidad. A más de que, habiendo dado á la Reina de Hungría 20.000 hombres, como auxiliares, contra el Rey de Prusia, que sin razón justa había tomado las armas,

calculó le convenía más tener por aliada que por rival á la Casa de Austria, y, renunciando á la dignidad imperial, como lo había hecho su antepasado Federico el Grande, coetáneo de Carlos V, dió, pues, su voto al gran Duque de Toscana, Francisco Esteban de Lorena, esposo de María Teresa y co-regente de sus Estados, que, aunque le faltaron los votos de la Prusia y del Elector palatino, fué elegido Emperador el 13 de Septiembre, y se dice que su mujer fué la primera que gritó ¡*Viva!* en su proclamación.

Este objeto ocupó enteramente la atención de María Teresa, y así los españoles hicieron rápidos progresos en la Lombardía, y se apoderaron de Parma, Plasencia y Milán, cuya residencia parece se dedicaba al Infante D. Felipe. Pero la conservación de la Corona imperial, y la paz concluída con la Prusia en Dresde á 25 de Diciembre, dejó desocupada á la nueva Emperatriz, que dedicó de nuevo su atención al solo objeto que le quedaba á que atender, que eran sus Estados de la Lombardía. Bajaron á reforzar el ejército que se hallaba en aquel país las tropas de Bohemia, que antes hacían frente al Rey de Prusia. Entonces se verificó lo que el Conde de Gages había predicho de la Reina Isabel Farnesio, que desde su gabinete quería dirigir las operaciones de la guerra; esto es, que el ejército era poco, y que no pudiendo cubrirse

con él tanta extensión de terreno, sería preciso abandonarle, acaso con pérdida. Así fué. La sorpresa de Asti, en cuya ciudad había 5.000 franceses descuidados, fué la primera acción de esta campaña. Después el General español se vió obligado á abandonar el Milanés y á atrincherarse bajo los muros de Plasencia, donde le atacó y venció el 16 de Junio el Príncipe de Lichtenstein, tomando gran número de prisioneros y varias banderas, cañones y morteros.

Con todo, conservó Gages la posesión de la plaza hasta la mitad de Agosto, en que, habiéndose introducido la mala inteligencia entre el General español y el francés, Mariscal de Maillebois, el ejército de las operaciones debía necesariamente resentirse de ello. El General Bota, alemán, presentó nueva batalla el 10 de Agosto, junto al río Tidone, al ejército hispanogalo-napolitano, que la perdió, y no tuvo mejor suerte en las inmediaciones de Turín. Esto le forzó á hacer una retirada precipitada, que el Rey de Cerdeña pudiera haber impedido en Voghera; pero á enemigo que huye puente de plata, y así evitó políticamente la ocasión, pues, como Príncipe hábil, conocía su situación, y veía debían naturalmente resentirse sus Estados del aumento del poder de la Casa de Austria en Italia, y que lo mejor era acabar la guerra.

Las intrigas de Corte echaron sobre el Gene-

ral de Gages las desgracias que hemos dicho había previsto como indispensables y como una consecuencia precisa de las órdenes de la Reina, que nunca podía esperarse quisiese parecer la culpable. Así se sacrificó á un General, cuya reputación tiene por testigos la Europa entera y todos los que estuvieron bajo sus órdenes. Los Príncipes pueden dar y quitar los empleos, pero no son dueños de la opinión pública, que (sin que llegue á sus oídos, por desgracia) vuelven contra sí, sin conocerlo, las más veces que no quieren escucharla. Fué, pues, llamado á Madrid, y vino á relevarle en posta el Marqués de la Mina.

Poco después de su llegada, vino la noticia de haber muerto de un accidente de apoplejía el Rey Felipe V, de edad de sesenta y dos años, que espiró entre los brazos de la Reina, su esposa, habiendo muchos atribuído esta desgracia á la impresión que hicieron en él las repetidas desgracias de su ejército de Italia.

Esta inesperada novedad causó todo el dolor que puede considerarse en el ánimo del Rey Carlos y del Infante D. Felipe, su hermano. Mandaba ya ejército el nuevo Mariscal General Mina, el cual, sin oír los consejos de su antecesor, abandonó precipitadamente la Italia, dejando descubierto el genovesado, que se había declarado por la Casa de Borbón. En con-

secuencia, tomó el Rey de Cerdeña casi toda la ribera de Poniente, y los austriacos se acercaban á sus murallas. Pidieron los genoveses auxilio á las Cortes de Madrid y París, y perdón á las de Londres y Viena, ofreciendo á los austriacos dos puertas de la ciudad, á título de capitulación provisional, y el pago exacto de la contribución que se les impusiese. Pidieron 16 millones, de los cuales pagaron desde luego 8, pidiendo plazo para los otros 8, lo que se les negó en 30 de Noviembre, exigiendo á más mantuviesen los nueve regimientos que ocupaban el Burgo de San Pedro de Arenas.

Hostigados los genoveses de tanta violencia, deseaban con ánsia el momento de la venganza, que consiguieron en breve. Meditaban los austriacos una irrupción en Provenza, para la cual sacaban de Génova los cañones y municiones, que hacían arrastrar al pueblo. Un oficial dió un día un palo á un paisano, y esto fué la señal de la venganza. Todos se amotinaron, tomaron á rebato, y en breve se reunieron de las inmediaciones más de 30.000 hombres, armados á su modo, y arrojaron de la ciudad al General Bota y á su tropa, que se vió precisada á huir precipitadamente por la Boqueta, habiendo dejado más de 4.000 prisioneros, sin los muertos. El Príncipe Doria mandó el destacamento que le obligó á huir.

Esta sorpresa influyó en la expedición de Provenza de modo que los alemanes se vieron obligados á repasar el Var, río que la divide del Piamonte. Expelidos los austriacos de la Provenza, quisieron volver sobre Génova, mandados por el General Schulemburg; pero la Francia y el rey Carlos, que estaba amenazado de nuevo por el acantonamiento de más de 12.000 hombres de caballería austriaca, que estaba en el Modenés y Parmesano, socorrieron á los genoveses. Los mismos ingleses, interesados en que la costa estuviese en poder de una débil República, y no de la Casa de Austria, que si la tomaba no la cedería tan fácilmente, hacían la vista gorda al paso de los convoyes, que impidieron, con sus socorros y con las tropas galohispanas que pasaron á Génova, los nuevos designios de los alemanes, por más que éstos deseaban reparar su vergonzosa retirada.

Asegurada ya Génova, intentó el ejército galohispano penetrar de nuevo en Piamonte; pero habiendo atacado imprudentemente el caballero de Belle-Isle, hermano del General, el 19 de Julio las trincheras del collado llamado de la Asieta, entre Esilles y la fortaleza de Fenestrelles, perdió la vida, igualmente que más de 12.000 hombres, que los generales austriacos Bricherasco y Colloredo vencieron con pocos más de 6.000.

El rey Carlos, receloso de un nuevo ataque, y no tan unido con su medio hermano el Rey de España D. Fernando, retiró de Provenza sus fatigadas tropas, para restablecerlas y cubrir sus dominios.

El nuevo Rey de España insinuó, á principios de Julio, á su madrastra, madre del Rey Carlos, escogiese, fuera de la Corte, una ciudad para su residencia, y S. M. prefirió el Sitio de San Ildefonso, que había edificado su difunto marido, y en cuya Colegiata se había mandado enterrar. Esto denotaba la frialdad y deseo de separarse de la guerra de Italia y de adoptar un sistema de unión con la Inglaterra, análogo al que entonces tenía con Portugal, y que estaba apoyado por la nueva Reina portuguesa, doña María Bárbara, que tenía la mayor parte en el Gobierno, y con quien tenía mucha influencia D. Benjamín Keene, un político fino que había vivido mucho en España y en Portugal, y que acabó sus días de Embajador de Inglaterra en Madrid. Este era el alma de esta negociación. El Rey Carlos, de acuerdo con el Ministerio francés, pudo contrarrestarla, y D. Fernando declaró no abandonar la causa de sus dos hermanos en Italia, ni se separaría del sistema del Rey padre, estrechando más los vínculos entre ellos y la Corte de Francia.

El nacimiento del primogénito del Rey Car-

los, á quien dió el título acostumbrado de Duque de Calabria, dió nuevo motivo á acreditarlo. S. M. C. le declaró Infante de España, con la pensión anual de 40.000 duros, y envió como su Embajador extraordinario á Nápoles al Duque de Medinaceli, que fué su padrino, en nombre de su Soberano, y se le puso el nombre de Felipe. Sólo le vivían entonces al Rey sus dos hijas Doña María Josefa y Doña María Luisa, hoy Emperatriz de Alemania, que fueron las que le acompañaron á España.

Quiso Dios ejercitar la paciencia del rey Carlos y hacer brillar sus virtudes, y para probarle, cuando estaba lleno de consolación, después de haber libertado por dos veces su reino de los desastres de una guerra, y que ya había asegurado la sucesión de varón en su Corona, tuvo á bien afligirle del modo más sensible para un buen padre, cuya calidad sentía íntimamente en su corazón este Soberano, que jamás olvidó que era un hombre como los otros. Así lo acreditaba siempre, y aun decía á menudo, y sobre todo cuando se trataba del cumplimiento de su palabra: *Primero Carlos que Rey*, sentencia digna de imprimirse en bronce.

Estaba, pues, un día el ama del tierno Infante en una disputa muy altercada, que la había puesto en agitación la bilis, cuando de repente la llamaron para dar de mamar al niño, que se

había despertado; subió aceleradamente, sin dar tiempo á calmar su cólera, y desde este día en adelante empezó á enfermar la criatura y á padecer de accidentes epilépticos. Discúrrase el pesar de los padres y los medios que emplearían para aliviarle. Después de mucha mutación de amas, vino al fin una cuya leche parece le era más análoga, y el niño empezaba á sentir alivio. Los padres no sabían qué hacerse con esta mujer; pero cuando menos se pensaban, le vino la idea de irse con su marido, y por más que el Rey la ofreció y la pidió, hasta llegarse á poner de rodillas delante de ella, según se me ha asegurado, no hubo forma de ceder. Viendo esto el Rey, y teniendo presente la máxima que queda dicha arriba, dijo, penetrado del dolor que se puede creer: *Que se vaya, pues que nada le basta; pero que no le hagan ningún mal*. Así lo mandó el Rey, y así lo hicieron todos, menos su marido, que, llegada á su casa, la dió su merecido, como que había perdido su fortuna y la de toda su familia con una acción que sólo puede tener excusa en la locura. Tal era en todas ocasiones el dominio que el Rey tenía sobre sí mismo.

Los napolitanos han sido siempre enemigos del Santo Oficio de la Inquisición, y en tiempo del Rey D. Fernando el Católico y de Carlos V, se rebelaron porque quiso introducirse en el reino, y, sólo para evitarlo en lo sucesivo, se esta-

bleció una junta ó consejo, llamada *Diputación contra el Santo Oficio*, que debía vigilar y oponerse al primer indicio de que se quisiese formar este Tribunal. Una sentencia, dada por el Cardenal Spinelli, Arzobispo de Nápoles, contra tres eclesiásticos, dió motivo á que dos de ellos acudiesen á dicha junta denunciando la providencia del Arzobispo, como dirigida á introducir el Tribunal de la Inquisición, diciendo visaba á ello desde el año de 1739, y el Tribunal representó á S. M. que el pueblo amenazaba una sublevación. El Rey Carlos, dotado desde la cuna del dón de prudencia y oportunidad, no obstante de haberse criado en España con las ideas del respeto y de la necesidad del Santo Tribunal, que sostuvo luego cuando vino á reinar á su patria, conoció cuánto deben respetarse en cada país sus costumbres, y aun las preocupaciones del pueblo, y así, oído por S. M. el dictamen del Tribunal de Santa Clara, que es el equivalente al Consejo de Castilla en España, expidió en 29 de Diciembre una orden á la Diputación del Santo Oficio, desterrando á los Canónigos que habían tenido parte en la decisión, y reprendiendo al Vicario del Arzobispo por haber quebrantado las leyes del Estado en la formación de los autos. Mandó que uno de los clérigos encerrados se enviase á Cápua, á las órdenes de su Arzobispo, y que á los otros dos se

les diese libertad; que se anulase y absolviese todo lo perteneciente al Tribunal de la Fe existente en el arzobispado; que se despidiesen todos sus miembros, y rompiese el sello, y quitase la inscripción de *Sanctum Officium*, grabada en mármol sobre la puerta principal, y que se notificase así á todos los Arzobispos y Obispos del reino, para que supiesen cómo debían proceder en adelante en este punto. Poco después hizo el Rey que el Cardenal Arzobispo Spinelli hiciese dejación del arzobispado de Nápoles, en el que le sucedió el Cardenal Sersale. El Papa envió á Nápoles al Cardenal Lanti para ver si podía moderar la providencia del Rey, pero no logró nada. Esta resolución oportuna y firme aquietó enteramente los ánimos, y dió al Rey mayor crédito y dominio sobre el espíritu de los napolitanos, que se veían sostenidos en todos sus privilegios y en sus ideas religiosas del modo que las creían más útiles.

Lo más singular de esto es que en los archivos de la Curia episcopal se hallaban Ministros con el nombre de Santo Oficio, con que los mismos napolitanos honraban á varias personas condecoradas; que muchos autos de los Obispos, pertenecientes á asuntos de fe, tenían el título del Santo Oficio; que desde el año de 1581 á 1589 se hallaban varias abjuraciones; que, á más de esto, en toda causa de herejía se acudía